

## DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO: BOLETINES DE GUERRA Y CRÓNICA DE CAMPAÑA

VIRGINIA GIL AMATE  
*Universidad de Oviedo*

### RESUMEN:

El presente trabajo analiza los boletines de guerra escritos por Domingo Faustino Sarmiento durante la ofensiva del Ejército Grande contra las tropas de Juan Manuel de Rosas. Además del estilo y las ideas contenidos en esos artículos rastrea las noticias sobre la redacción de los mismos dadas por el autor en *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud-América* (1852), crónica en la que narró su experiencia como Teniente Coronel en las filas comandadas por el General Urquiza. A través de esas referencias se indaga en el tipo de escritura elaborada por Sarmiento en relación a la verdad histórica, a la verdad oficial y a la verdad particular y circunstanciada del propio autor.

### PALABRAS CLAVES:

Domingo Faustino Sarmiento. Siglo XIX. Argentina. Partes militares

### ABSTRACT:

The present work analyzes the war bulletins written by Domingo Faustino Sarmiento during the military offensive of the Great Army against the Juan Manuel de Rosas's troops. Besides the style and the ideas contained in these articles trace the news on writing the same given by the author in *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América* (1852), chronicle in which recounted his experience as a Lieutenant Colonel in the army commanded by General Urquiza. Through these references explores the kind of writing produced by Sarmiento in relation to historical truth, to the official truth and to the author's individual truth.

### KEY WORDS:

Domingo Faustino Sarmiento. XIX Century. Argentine. Military dispatches

Domingo Faustino Sarmiento conocía perfectamente los registros que podía alcanzar con su prosa, así se lo advertía a Juan Bautista Alberdi, cuando este, desde Chile, cuestionó públicamente su ruptura con el general Urquiza tras la definitiva derrota de Juan Manuel de Rosas:

... yo tengo muchas plumas en mi tintero. Téngola terrible, justiciera, para los malvados poderosos [...]; téngola encomiástica para los hombres honrados [...]; téngola severa, lógica, circunspecta [...]; téngola burlona para los tontos; pero para los que a sabiendas disfrazan la verdad, para los sofistas, para los hipócritas, no tengo pluma, tengo un látigo (Sarmiento, 1853: 78)

También supo bien pronto los variados discursos en los que podía encarrilar su pensamiento, sin sentir necesidad alguna de ajustarse a la preceptiva de ninguno de ellos, es más sabiendo que el modelo podía amoldarlo a sus necesidades expresivas “atacando las ideas generales sobre literatura; ensayando todos los géneros; infringiendo por ignorancia o por sistema las reglas” (Sarmiento, 1843: 7). Al dominio de su talento literario estuvo unida su carrera política y no a la manera de dos caminos, el literario y el político, que fueran trasvasando el prestigio adquirido en un terreno hacia el otro, sino en el sentido de que la escritura fue el medio de difusión de sus ideas, el lugar donde plasmó el modelo de país que perseguía y describió el que percibía, su arma en la escena política:

Soldado, con la pluma o la espada, combato para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento (Sarmiento, 1852: 37)

La escritura lo constituyó en personaje público y la unió a un pacto de verdad expresiva, “no sé más que decir lo que creo justo y honrado” anotaba en *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América* (Sarmiento, 1852: 169), que en su caso, y aunque sus ideas centrales fueran vehementes y persistentes (Barrenechea, 1988), se iba concordando a las circunstancias porque, y en eso tenemos al político dominando, felizmente, sobre el escritor, ir alcanzando metas de mejora colectiva, por lenta que fuera la tarea y por ajustes que hubiera que hacer en el camino, era labor prioritaria sobre la mera pureza de los planteamientos intelectuales o la bondad del ideal platónico. *Campaña en el Ejército Grande* es la obra donde se describe ese voluntario, consciente y constructivo ajuste a una coyuntura determinada en pos de un fin común a muchos, desde el punto de vista de Sarmiento, a la mayoría sojuzgada por el régimen rosista, por paradójico que pueda resultar al ser la narración que, para algunos, representó, ese es el caso del bando al que dio voz Juan Baustista Alberdi (Alberdi, 1886), la deserción de su autor en el momento de la constitución de la República Argentina y en nuestros días, ese es el planteamiento sostenido por Tulio Halperín Donghi<sup>1</sup>, un libro en el que Sarmiento no alcanzaba las

<sup>1</sup> “Este acorde de forma y contenido, fruto de la coherencia alcanzada por el pensamiento de Sarmiento, caracteriza las grandes obras de la madurez: *Facundo*, *Viajes*, *Recuerdos de provincia*. Luego se produce algo que no sabríamos cómo llamar sino desintegración: desintegración en primer lugar de la fe que Sarmiento había puesto en las soluciones por él elaboradas para su país, que no resiste sin daño a la confusa experiencia política que se abre en 1852 con la caída de Rosas. Desintegración también formal, vinculada no menos que con la anterior con esa creciente absorción de Sarmiento por una vida periodística extremadamente activa y agitada. Esa desintegración ha comenzado ya cuando Sarmiento se pone a escribir *Campaña en el Ejército Grande*” (Halperín Donghi, 1988: XLIII).

cotas de excelencia que había tenido en sus obras anteriores y capitales (fueran *Facundo*, *Viajes por Europa, África y América* o *Recuerdos de provincia*) por estar realizado en medio de una crisis ideológica y marcado por un desaliño estructural, producto de la cada vez más complicada y ocupada vida pública de Sarmiento, que hacía resentirse el contenido.

Sin embargo, uno de los puntos clave que el autor quiso destacar en las anotaciones realizadas en Río de Janeiro, una vez vuelto a la condición de expatriado y producida la escisión de Buenos Aires del Pacto de San Nicolás, toda vez que tiene exacto conocimiento de las críticas que sus antiguos correligionarios antirrosistas están vertiendo contra él desde Chile, es que él no era un idealista sino alguien que trabajaba, con miras y actuaciones concretas, para constituir un país que se encaminara por la senda del progreso:

Me permitiré hacer notar, que no soy el publicista a quien pueda hacerse el reproche de exigente en nombre de una política *práctica*, que se supone que yo no respeto demasiado (Sarmiento, 1852: 146)

Sarmiento va dejando claro en sus obras el límite que traza entre sus utopías (que tiene muchas y las cuida porque son su motor para la acción) y la realidad que desea ayudar a construir (a la que mira de cerca, no todo en su obra son las pampas descritas en *Facundo* o los amargos planteamientos bio-sociológicos, es decir provenientes de constructos basados en discursos científicos y elaborados sobre el conocimiento libresco, de *Conflictos y armonía de las razas en América*, también está el aprendizaje a partir de la experiencia que muestra, por ejemplo, en *Viajes...* y en *Campaña...*, describiendo esa realidad observada bajo su particular óptica con amabilidad a veces, con ironía muchas otras, con sagacidad casi siempre) y sabe que eso es cosa de pocos logros y ciertos ajustes ante lo que considera, nunca de forma fatalista, “hechos consumados”:

No he hecho oposición [en Chile], sino que he sostenido al Gobierno reconociendo, explicando hechos de dudoso y cuestionable carácter, como fundamento de hecho de las instituciones actuales, por ser aquellos hechos *consumados*. Mi conducta en los negocios actuales de la República Argentina, mientras nadie ponía en duda la autoridad del general Urquiza, muestra ese mismo respeto por el hecho absurdo, ilegítimo, esperando que aún de esas incongruencias podía salir un orden de cosas regular. Si no lo esperaba, al menos no oponía obstáculos (Sarmiento, 1852: 146-147)

Es curiosa esta autodefensa, al ser claramente innecesaria, porque el libro en sí testimonia los hitos históricos, al menos los que rodean al autor, no en pormenores personales o subjetivos sino en hechos (la peripecia cierta de haberse enrolado en las filas urquicistas, la constancia de haber escrito los boletines del ejército, su innegable participación en la acción armada, definitiva, contra Rosas) que hablan de un compromiso activo dentro de una organización, el ejército, donde las ideas personales o los matices individuales deben dejarse fuera para adecuarse a un organigrama regido por la disciplina y la cadena de mando. Y eso hizo Sarmiento, ajustarse a una estructura supraindividual para acabar con la dictadura.

Tres clases de texto generó Sarmiento a partir de su experiencia en las tropas urquicistas: 1) un diario extraviado en Luján el 30 de enero de 1852 junto con sus documentos personales y una carta topográfica de la provincia de Buenos Aires que es lo único que Sarmiento lamenta haber perdido; 2) 26 boletines escritos y editados, salvo el último, durante la ofensiva; y 3) el “Complemento” narrativo que, sumados a los documentos previamente publicados bajo el título de “Ad memorandum” y al prólogo y la carta a Mitre que hubo en el breve intersticio entre ambas entregas<sup>2</sup>, justificaban su abierta oposición al panorama político que surgía después de Caseros comandado por Urquiza. Ambas partes forman el libro titulado *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud-América*<sup>3</sup>.

De estos escritos, sólo los boletines y la crónica, con sus justificaciones, de la campaña han sido editados. El diario donde anotó sus impresiones forma parte del fondo documental del Museo Histórico Sarmiento de Buenos Aires. Tulio Halperín Donghi advertirá que el diario y *Campaña...* son dos textos diferentes al ser uno “un diario de marcha” (Halperín Donghi, 1988: 61) y otro, el libro publicado, “un documento y un alegato” (Halperín Donghi, 1988: XLIV) concebido, entonces, con un objetivo distinto del de salvaguardar las vivencias del olvido. Adriana Amante no tiene tanto en cuenta los fines perseguidos por ambos textos como el contenido noticioso que guardan por lo que, aun asumiendo la entidad autónoma de las dos obras, considera que *Campaña...* “se escribe sobre el diario de campaña que Sarmiento llevaba en la libretita de tapas de cuero, no será el mismo texto. Será, en general, la

<sup>2</sup> Para la historia de la edición del texto, vid. Halperín Donghi, 1988: XLIII-XLIV.

<sup>3</sup> La edición original de la obra, digitalizada por el Proyecto Sarmiento que manejamos en este trabajo (Sarmiento: 1852) no incluía los boletines (salvo aquellos que fueron transcritos por el propio autor) y forman parte de la narración de *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*. Posteriormente, en la edición de sus *Obras Completas* a cargo de Augusto Belin, se incorporaron los boletines intercalados entre las páginas de la crónica. De las ediciones que incluyen esos boletines hemos seguido, para las citas de este trabajo, la de la colección dirigida por Alberto Palcos “Grandes Escritores Argentinos” (Sarmiento, 1931).

expansión más dilatada de lo que ha apuntado en ella” (Amante, 2009: 119). Uniendo un análisis y otro da más o menos lo que Sarmiento había dicho de la relación entre el diario, “estos apuntes”, y la crónica de su estancia en el ejército que derrotó a Rosas a la que denominará, fundiendo los dos nombres y dándoles el mismo destino de haber sido leído por el dictador antes de su caída, *Diario de la campaña en el Ejército Grande*, es decir, la narración publicada proviene del diario manuscrito, de él saca su estructura interna y las vivencias que recrea ahora con el fin claro de retratar los usos caudillescos de Urquiza:

...este mi titulado *Diario de la campaña en el Ejército Grande* tiene por objeto dar cuenta a mis amigos de los hechos a que se refiere como de las causas que los produjeron, y los resultados que debiera dar y dará el triunfo de Monte Caseros, a que concurrí en mi doble carácter, arrastrando desde el Pacífico al campo de batalla aquella prensa de Chile que continuó fulminando y persiguiendo al tirano hasta las calles de Buenos Aires. Tienen estos apuntes la gloria y la recomendación de haber pasado en resumen por la vista de D. Juan Manuel de Rosas, la víspera de la batalla... (Sarmiento, 1852: 38)

No establecía entonces diferencia entre el diario personal y *Campaña en el Ejército Grande* aunque bien sabemos que las hay, de detalle, en el orden textual y de mayor importancia si atendemos al sentido que orienta cada uno de esos artefactos verbales. Sin embargo es interesante advertir que para su autor la sustancia narrativa de *Campaña*... provenía de la verdad personal volcada en su diario. Y por supuesto esto no se debe a una falta de competencia crítica de Sarmiento, puesto que a sus muchas y variadas lecturas añadía un talento especial para el análisis literario, pruebas de ello hay a lo largo de su obra, fundamentalmente en *Facundo* y en *Viajes*... Más bien tiene que ver con la relación que los textos del XIX entablaban con la vivencia, considerando la escritura el medio natural de expresión y fijación de la experiencia, no sólo un artilugio para “representar”.

En la dedicatoria de *Recuerdos de provincia* Sarmiento alude a la selección de lector que realiza en función de la naturaleza de su escrito. Las “reminiscencias” (Sarmiento, 1850: VI), las llama, apuntadas allí, “son puramente confidenciales, dirigidas a un centenar de personas y dictadas por motivos que me son propios” (Sarmiento, 1850: III), las había redactado para defender su buen nombre de las infamias y motes con los que era caracterizado durante el régimen rosista por lo que las consideraba páginas de circunstancias para ser leídas bajo ese mismo contexto sin el cual no tendría sentido su contenido. *Campaña*... no tenía ese mismo sesgo minoritario en la selección de lector porque, aun proviniendo su contenido de la crónica vital, estaba concebido como un texto político, un eslabón más de su lucha con-

tra el caudillismo en la política argentina. Frente a la escritura “íntima” tendríamos la escritura “pública”, la de *Campaña...*, y no confundía Sarmiento “íntima” con “privada” porque también en esa dedicatoria había dejado claro que todo lo que se fija en la escritura era susceptible de perder su carácter reservado: dos cartas envió, según relata en *Recuerdos de provincia*, en 1832 y en 1848, y las dos fueron más allá de sus naturales receptores con los consiguientes problemas para el confiado emisor. La escritura pública de *Campaña...* partiría de la escritura íntima del diario que había sido realizada en paralelo a la escritura de los boletines del Ejército Grande. No consideró Sarmiento que entre unos niveles y otros pudiera haber mayor conflicto. De hecho, el mismo estatuto de publicidad tendrían la crónica y los boletines y el diario. No podría ser secreto del todo nunca, a no ser que su propio autor lo destruyera y no fue así.

Sin embargo no ha dejado de ser conflictivo el análisis de los partes militares que redactó como Teniente Coronel del Ejército Grande y la crónica de esa misma experiencia narrada en *Campaña...* sobre todo si una y otra lectura se hacen sobre la base de la comparación y la relación que establecen entre sí atendiendo a la sustancia de contenido. En ese sentido, el resultado para Adriana Amante sería la disociación de Sarmiento en dos voces, una la que responde a las órdenes de Urquiza y a la causa por la que se combate, otra, la suya propia, en *Campaña...*<sup>4</sup>. Por su parte, Andrea Cobas Carral considera a los boletines “verdad oficial de la campaña” (Cobas Carral, 2009: s.p.) y aunque no fusiona la voluntad de Urquiza con lo redactado por Sarmiento, los partes no irían más allá del propio estatuto de su autor como “ambiguo transcriptor de las órdenes de su superior” (Cobas Carral, 2009: s. p.). Es indiscutible que los boletines, como medio de difusión oficial de las noticias del Ejército Grande, respondían a la coyuntura militar de la que Sarmiento formaba parte, pero creo que en ellos hay más que lo que comúnmente se entiende por verdad oficial, tanto en el sentido de ser esta una escritura sometida como en el de ser una manipulación que no responde al sentir de su redactor, que más bien violenta la conciencia de este al incurrir en un doble discurso y una doble moral. Y eso no se encuentra ni en los boletines ni en la actitud de Sarmiento, puesto que esta puede conocerse a tra-

<sup>4</sup> “... el texto de Sarmiento [se refiere a lo redactado en *Campaña...* con respecto al Boletín número 3] revela la impostura de la escritura de guerra del Boletín para dar paso a la escritura de autor que no tiene que esconder su ideología. El primero es el boletín, el escritor al servicio de una causa comandada por un jefe militar con el que tiene grandes y profundas diferencias; ahora vuelve a tomar la voz el Sarmiento escritor que está al servicio de sus propias ideas. En el boletín habla por el otro (el jefe del Ejército, el proyecto, la misión). En el libro habla por sí mismo” (Amante, 2009: 114-115).

vés de la pormenorizada información que va dando de su propia escritura bélica en las páginas de *Campaña*....

De los 26 partes militares lanzados desde la imprenta volante del Ejército Grande, Sarmiento escribió, total o parcialmente, 24 ya que el número 17 lo ocupa una carta del coronel Virasoro y el 21 un parte del general López. En el texto de *Campaña*... Sarmiento incluirá completos tres boletines, los correspondientes a los números 3, 16 y 20, utilizando la expansión que le permite la crónica para contrarrestar lo dicho en el relativo al paso del Paraná (Boletín n. 3) y para comentar con detalle tanto la batalla de Caseros como el parte que le dedicó (Boletín n. 26). Los otros, el 16 y el 20, al igual que los extractos que incluye de los boletines 14, 18, 24 y 25 no serán enmendados en *Campaña*..., serán simplemente incluidos: señal de que Sarmiento no los consideraba un cuerpo extraño dentro de su crónica. No podía ser de otro modo puesto que esos escritos son el producto de la misión que se le asignó en las filas de Urquiza y que él cumplió con convencimiento, con eficacia y con orgullo, redactándolos dentro de los cánones de extensión, contenido y estilo de este género de artículos e incluyendo ciertas digresiones que responden al ideario del emisor sin que éstas puedan ser tomadas, esa es una de las habilidades que muestra en los boletines, como insubordinación a los propósitos del Ejército Grande. Por lo demás, Sarmiento describe con profusión y total naturalidad su actuación al frente de la imprenta del ejército en las páginas de *Campaña*..., pormenorizadamente se referirá, por ejemplo, a las condiciones en las que se redactó el Boletín n. 23, al recibir en el campamento la noticia, sin datos precisos, sin parte militar alguno, de la derrota de la vanguardia de Rosas en los campos de Cabral, con los oficiales reclamando el boletín “para satisfacer la curiosidad de los soldados” (Sarmiento, 1852: 107) y con Sarmiento sin querer aventurarse a escribir sin tener una confirmación, cuando menos oficiosa, de los rumores. Bien entrada la noche seguirá esperando para poder contrastar el borrador que ya tiene hecho con la información proveniente del frente para que el boletín respondiera a lo que las tropas de Urquiza habían hecho. Pasa la noche, no llega el ansiado parte interno y Sarmiento lanza lo que tenía redactado. Tanto detalle sobre su labor podrá llevar a algunos a considerar que en ello está funcionando la vanidad. Quizá pueda haber otra forma de valorarlo, simplemente aceptar que está contando con detalle algo que le interesa dar a conocer, como es la redacción y difusión de los boletines. De lo que no puede caber duda es que todo ese recuento es señal de que en ningún caso consideraba una disociación de su persona y convicciones su actuación como redactor de guerra.

En principio, las dos líneas principales que recorren los boletines de Sarmiento entran dentro de las características de ese tipo de escritos. Una fija su atención hacia fuera, la propaganda dirigida a los lectores ajenos a la milicia; otra hacia adentro,



concentrándose en la motivación de las tropas urquizistas. El primer parte, fechado el 11 de diciembre de 1851, sembraba la idea de la debilidad de Rosas a través de la difusión de las deserciones que se estaban produciendo, creando en paralelo una imagen limpia y brillante de las unidades comandadas por Urquiza, proviniendo su fuerza no sólo de ventajas marciales, ahí estaban esas tropas más numerosas derrochando valor, sino de virtudes morales:

La desmoralización reina en las filas del tirano, mientras que en las nuestras, al número y al valor, se reunen la gloria antigua, la grandeza de la noble causa que defendemos, el aplauso de todos los hombres de corazón y las bendiciones de los pueblos (Sarmiento, 1931a: 155)

En este primer parte ya incluía una de las ideas fuerza de sus boletines, asentar el principio de que las tropas de Rosas están compuestas por compatriotas, por argentinos, siendo entonces fuerzas coyunturalmente en contra pero no exactamente enemigos porque en los partes de Sarmiento el único enemigo será Rosas, “el tirano”:

Esos millares de argentinos que trata [Rosas] de oponernos son todos nuestros amigos y nuestros auxiliares. Ellos nos llaman con ansia de todas partes, y, tardando a sus deseos, atraviesan el Paraná en busca nuestra, para mostrarnos el camino, desierto de enemigos, que conduce a la guarida del tirano (Sarmiento, 1931a: 154)

Establecer esta relación de hermandad nacional entre los bandos contendientes, al menos entre las fuerzas de Rosas y las tropas entrerrianas y correntinas del ejército que comandaba Urquiza, no es una imagen épica de vacua consistencia para su autor porque esa es la mirada con la que describirá, en las páginas de su crónica personal, a las unidades que en su día estuvieron bajo el mando del Restaurador y contempla ahora en Montevideo a las órdenes de Urquiza, un colectivo humano tan sojuzgado como el propio país, por el que ha pasado el tiempo sin rebeldía alguna, soldados que han soportado toda clase de calamidades y “nunca murmuraron” (Sarmiento, 1852: 57), soldados sin ascensos y por lo mismo sin aspiraciones, sin vidas personales, sin formación ni horizontes, deshumanizados y rebajados a “Matar y morir: he aquí la única facultad despierta en esta inmensa familia de bayonetas y de regimientos” (Sarmiento, 1852: 57). Sin embargo, forman parte del mismo colectivo para el que Sarmiento aspira a un futuro de progreso, tanto como las tropas que siguen luchando al lado de Rosas. Bien significativo es que, al narrar en *Campaña...* la incursión en el Paso del Tonelero de siete navíos comandados por el general aliado Grenfell, y observar lo que considera un despropósito defensivo comandado por



el general Mansilla, a fin de cuentas, la torpe actuación de las únicas fuerzas argentinas en ese preciso lance cuyos cañones no abren fuego a tiempo y dejan expedito el paso a la división brasileña, concentre en un adjetivo posesivo, “nuestros” dirá donde podría haber puesto “sus”, las dosis de amargura que le produce la errada marcha de la república, puesto que lo que percibe es el subdesarrollo, y la consecuente condición, del grueso del pueblo del que forma parte:

Cuento estos detalles para mostrar la miseria de nuestros medios de guerra y la impericia de los bárbaros para el uso del cañón (Sarmiento, 1852: 68).

No es diferente la descripción que hará de las tropas entrerrianas, salvo que la pesadumbre que le causaba la vista de las de Rosas se torna aquí ironía, a veces, sarcástica, por ejemplo al emplear las reglas básicas de la estadística para extraer el cómputo de la población masculina de Entre Ríos y demostrar con ello que el número de fuerzas dado en el Boletín n. 9, 10.350 hombres, excede en 300 la cifra que Sarmiento considera real. No es lo importante el número, puesto que para el autor nunca el dato concreto estuvo por encima de la significación de los hechos. A lo que va, en la crónica, es hacia una conclusión social bien simple que afecta al desarrollo provincial y a la salvaguarda de los más elementales derechos de sus habitantes:

...en el Entre Ríos sale a campaña todo varón viviente propietario o no, artesano, enfermo, hijo de viuda, hijo único, sin ninguna de las excepciones que las leyes de la humanidad, de la convivencia pública han establecido para las organización de la milicia (Sarmiento, 1852: 72).

Sarmiento sabe bien que en términos estratégicos no es lo mismo 300 soldados arriba o abajo, pero no es eso lo que quiere mostrar, el foco de atención quiere ponerlo en que estos hombres mal dirigidos, peor preparados, no motivados por otra cosa que no sea el miedo al propio superior y, paradójicamente, sin la menor noción de disciplina, no forman un ejército eficaz:

...lo que este sistema tiene de deplorable es el consumo espantoso de hombres que hace. Impotente como ciencia, como estrategia, como táctica y disciplina, suple a su deficiencia, aumentando el número de los combatientes. Así Chile, con millón y medio a dos millones de habitantes, nunca ha puesto en campaña más de cinco a seis mil hombres, mientras que el Entre Ríos pone casi el doble a cada momento con una población de sólo cuarenta mil habitantes. Las batallas no son menos desastrosas; pues que siendo inadecuadas las tropas por falta de disciplina y de capacidad para las maniobras, para sostener

un combate reñido, el desorden se introduce en las filas luego, la derrota se pronuncia, y los vencidos son entonces muertos sin piedad y los prisioneros, y aun los paisanos que no estuvieron en el combate, a fin de inspirar terror, de dar brillo a la batalla y acrecentar el renombre del caudillo... (Sarmiento, 1852: 73)

La mirada con la que Sarmiento analiza las fuerzas armadas no es antimilitarista ni siquiera distante o condescendiente, porque no las considera un ente extraño a la sociedad, a su misma persona. Primero, porque no las muestra como un elemento aparte de cuerpo social sino, bien al contrario, como un micromundo en el que se reproduce esa misma sociedad; segundo, porque el ejército funcionará como espejo y reflejo del propio país. Por eso, de haberlos, los usos bárbaros pasarán de la esfera civil a la militar y los civilizados también, aunque siempre es una tarea más lenta esta última que no va a desanimar al autor ya que ante todo cree (tengamos en cuenta que a mediados de siglo todavía no había hecho mella en Sarmiento el desánimo ante las dificultades de encarrilar las sociedades hispanoamericanas por las vías del progreso y la democracia) en las posibilidades de reforma. El relato, desgranado intermitentemente a lo largo de *Campaña...*, de su empeño en hacer valer las bondades de la carta topográfica de la provincia de Buenos Aires y no dejar la suerte del inmenso contingente humano que formaba el Ejército Grande sólo en manos de la pericia de los baqueanos, es una buena muestra de ese constante afán: si en un primer momento su mapa causaba desdén, hilaridad o extrañeza, los acontecimientos harán que algunos oficiales terminen interesándose en el uso de la cartografía basada en los estudios topográficos con fines militares; tercero, porque las referencias inmediatas de Sarmiento para valorar al ejército provenían de un pasado glorioso, no tan lejano, en el que las fuerzas patriotas habían liberado los territorios americanos del dominio español; y cuarto, porque para Sarmiento habrá “pocos hechos de los pasados, de que más me huelgue, sin embargo” (Sarmiento, 1852: 113) que de su enrolamiento en el Ejército Grande. La experiencia le ha servido para conocer el funcionamiento interno de la milicia y los medios con que cuenta. Ha podido tratar de cerca con los jefes y oficiales siendo esto de enorme interés para cualquiera que pueda definirse como “publicista”, “historiador”, “viajero” y “político” (Sarmiento, 1852: 113) y además del sinsabor que le ha dejado el perfil caciquil de Urquiza, ha podido reconocer en otros “las virtudes, patriotismo, capacidades, y talentos de los hombres que han de figurar más tarde” (Sarmiento, 1852: 113).

Con todo lo anterior, ¿cómo podría estar haciendo un doble discurso en su función de editor de los boletines del Ejército Grande? Más bien lo que hizo fue cumplir con la misión que le habían asignado en circunstancias bien concretas, la guerra, y con un fin que Sarmiento compartía con el resto de sus compañeros de armas,

derrocar a Rosas. Si, como es patente, el planteamiento político de Sarmiento fue más allá, este no empezó a funcionar hasta después de conseguido el objetivo que lo había llevado al campo de batalla y allí cumplió, los boletines son la prueba, con profesionalidad la tarea encomendada.

No siempre habrá en *Campaña...* una enmienda a la totalidad de lo difundido en los boletines. En el relativo al Paso del Tonelero (Boletín n. 2) variará el lenguaje, del registro coloquial de la crónica al grandilocuente de la épica militar concentrada en el artículo; alterará el estilo, en la crónica amargo, propicio a la valoración moral, en el boletín vibrante y ampuloso, pero no cambiarán los datos proporcionados. De nuevo en este segundo artículo no se contentará el redactor con el recuento de la batalla naval, porque sabe que este tipo de escritos no se detiene en la función informativa sino que conlleva necesariamente una sustantiva labor de propaganda, así al referirse a lo inmediatamente sucedido instauro ya el triunfo futuro. El toque personal de Sarmiento, su mirada política inmersa en el parte militar va creando una imagen potente en la que la libertad que conquistará el Ejército Grande alcanzará a todos los argentinos, su idea fuerza, porque todos, aun los defensores de Rosas, están o estarán unidos en ese mismo empeño. De este modo un sólo golpe verbal irá encaminado a elevar la moral de las tropas urquizistas y minar las de Rosas porque bien sabe que las hojas volanderas llegan a cualquier sitio:

En el Rosario la población entera asistió sin temor a presenciar el paso de los buques que van a ayudar a sus compatriotas a darles paz y libertad. Las tropas situadas en lo alto de las barrancas, lejos de emplear sus fuegos a quemar ropa sobre la cubierta de los buques que la posición domina, respondieron con entusiasmo a los vivas que el almirante Grenfell les dió desde el buque que montaba ¡vivas a la libertad! ¡al general Urquiza y al ejército libertador!

Quinientos doce hombres de caballería imitaron en el Espinillo el ejemplo de la milicia del Rosario, dejando presagiar el más completo triunfo a nuestras armas y que en ellos encontraremos compañeros y auxiliares en lugar de enemigos (Sarmiento, 1931 a: 157)

En el Boletín n. 3 se desarrolla uno de los choques de versiones entre la crónica y los artículos emitidos durante la campaña militar y sin embargo Sarmiento no duda en incluirlo al completo en las páginas de *Campaña...* sintiéndose orgulloso del estilo, de la escena que crean sus palabras y de la repercusión alcanzada, en un ejercicio de autoalabanza que suele concentrar la atención de la crítica. Sin embargo, desde mi punto de vista, lo interesante estaría no tanto en la satisfacción del autor como en el convencimiento de haber hecho, en el boletín, lo correcto, en el hecho de que el autor incluye el boletín y lo acompaña de elogios propios y ajenos para

pasar a continuación a relatar la batalla según la vio. El orden y el cromatismo con el que recrea el paso del Paraná en el artículo se torna en la crónica un descarnado análisis del barullo y las penalidades que envolvieron a las tropas; lo que en la versión del parte se ejecutaba con limpieza y eficacia, bajo la firme dirección de Urquiza, es en la crónica el recuento del peligro al que conduce a sus hombre un mal General. Sin embargo, el boletín no deja de incluirse en *Campaña...* porque este, además de ser considerado por su autor una alta pieza de la literatura militar, cumplió con su misión de informar sobre los resultados de la jornada y con los cánones del género en el que para nada podían entrar la descripción pormenorizada, porque eso sería munición para el bando contrario, ni podía convertirse en una narración (fuera objetiva o no) que pudiera poner en peligro la ofensiva con alguna indiscreción. Los boletines de guerra reducen la carga informativa al mero recuento de la acción principal y a su efectivo resultado y este debe favorecer la estrategia de ataque o resistencia. Los hechos, narrativamente hablando, no aparecen, no *deben* aparecer y lo que en ningún caso incluyen es la verdad personal de quien lo ha redactado; su eficacia radica, bien lo sabía Sarmiento y lo ponía en práctica, en el estado de ánimo que pueda generar en la tropa, en la población y en el enemigo. No hay en ellos verdad histórica ni verdad confesional, cumplen otra función, son otra cosa: son instrumentos verbales de propaganda que contribuyen al triunfo de una causa, y al igual que no se espera de un soldado que dispare en dirección a su propio bando durante una ofensiva, tampoco un boletín puede ser locuaz, crítico o analítico. Una muestra, y de gran nivel, es el Boletín n. 3, en él se unen lo concreto y lo simbólico, la evocación del día en que las tropas de Urquiza atraviesan el Paraná y la visualización del colosal espectáculo bélico. Una animada descripción paisajística acompaña la referencia del hecho, siendo la naturaleza aquí descrita la que le gusta a Sarmiento, aquella que es bella en sí misma y además genera significados por obra del ser humano. Así, no otra cosa es la hazaña del paso del río en este parte que la conquista de un futuro mejor:

La vanguardia del Ejército Grande está ya en el campo de sus operaciones. Entre el tirano medroso y nuestras lanzas, entre el despotismo que desaparece y la libertad que se levanta, no media más tiempo que el necesario para atravesar la pampa al correr ligero de nuestros intrépidos jinetes (Sarmiento, 1931a: 161; Sarmiento, 1852: 75)

Para Sarmiento no era ningún escándalo ético lo que estaba haciendo, es más, no lo era aun siendo bien consciente de que en los boletines, en numerosas ocasiones, este es el caso de la sublimación del paso del Paraná, debía hacer un ejercicio pleno de creación con el objetivo fijo en el fin perseguido por las fuerzas a las que acom-

pañaba. El jocosos retrato que hace de sí mismo en la mezcla de planos que le permite la escritura, rememorando sin cortapisas, en las páginas de su crónica, lo que vivió contemplando lo que para él fue un despropósito estratégico planeado por Urquiza y, afortunadamente, enmendado al día siguiente por el general Madariaga, y su condición en ese pasado de redactor de la información encomiástica que emitió la imprenta del Ejército Grande, es una buena prueba de su perspectiva, consciente del género discursivo en el que se mueve, sabiendo que no se ha metido a redactor de la información proporcionada por un ejército en acción de guerra para ejercer su criterio sino para ayudar activamente a la victoria y asumiendo lo que es una estructura militar que, en su puesto, tiene sus coordenadas fijadas en dar cuenta sucinta e interesadamente de los avances de las tropas, dejando su impresión personal para el diario. Sarmiento ni se violenta ni esconde su autoría (al contrario, se muestra muy satisfecho cuando reconocen al autor por el estilo), no ve problema alguno en ello, piensa que sus lectores distinguirán y contextualizarán y, por eso, afronta con humor la curiosa situación que voluntaria y conscientemente acomete:

Yo embarqué en el *Blanco* con mi imprenta fulminante que balanceándose en el Río había lanzado ya seis boletines... (Sarmiento, 1852: 76)

Sin embargo, esto son sus toques personales, no se resignará al mero encomio de héroes e hitos de la campaña militar. El Boletín n. 4 es un buen modelo de la sutileza con la que engarza la labor propagandística con la presencia constante de unas ideas básicas a tener en cuenta durante el enfrentamiento y a ponerlas en práctica cuando llegue el triunfo. Su prosa épica, elevada y solemne, se construye con imágenes y lugares comunes a los textos marciales: ahí estarán las banderas al viento prometiendo esperanzas colectivas, los coroneles honorables, los “hermanos” que se abrazan al paso libertador del Ejército Grande, junto al sistemático goteo de la perspectiva política, en este boletín centrada en el respeto al pacto federal como un horizonte de convivencia constitucional conculcado por Rosas; en la libertad que se va instaurando frente a la tiranía y en la reconciliación de todos en ese futuro esplendoroso plantado en cada población libertada. Orden, democracia y hermandad es el punto al que se dirige el Ejército Grande, una vez defenestrado Rosas, en los artículos de Sarmiento. Así, el Boletín n. 8, hace un alto en el recuento de los avances militares para concentrarse en la loa a la actuación política de Urquiza frente a los gobernadores del resto de las provincias; sin embargo no es este un mero elogio sino una forma de reforzar las ideas por las que se ha emprendido la lucha armada: el respeto a la autonomía de las provincias en cumplimiento del pacto federal, o, dicho de

otro modo, la oposición activa contra el poder unipersonal para construir un país en el que convivan, en armonía y legítima representación, todos sus territorios:

Hay un tribunal supremo que decidirá sobre la conducta observada por los señores gobernadores en aquella coyuntura solemne, y el fallo de la opinión de los pueblos interesados en el desenlace de la lucha emprendida contra el tirano de la República, para arrancarle un poder que ha convertido en instrumento de engrandecimiento personal y de perpetuación monárquica (Sarmiento, 1831a: 192)

Tanto el Boletín n. 8 como el 7, en el que con leguaje enfático expresaba una realidad gloriosa y poco compleja en la que la anexión de Rosario a la causa del Ejército Grande instauraba en el territorio, cual fogonazo, la libertad y hacía cundir el ejemplo en otras poblaciones, fueron del gusto de Urquiza según anota en *Campaña...* No pasó lo mismo con el Boletín n. 12 que contenía un decreto del gobernador de Corrientes, Juan Pujol, prohibiendo la incautación forzosa de ganado, al que el General no estaba dispuesto a dar el pase, “No [transcribe Sarmiento] eso no se publica porque me deja en ridículo a mi que soy el Jefe del Ejército” (Sarmiento, 1852: 81). Hábilmente, Sarmiento había dispuesto una entradilla en la que la autoridad del gobernador correntino se acompasaba al mando del General que comandaba las fuerzas militares aliadas. Con ello contrarrestaba verbalmente el posible problema, previsto por el redactor, de competencias que pudiera ocasionar la iniciativa de Pujol (como así fue) y conseguir de este modo no silenciar un documento importante en el ideario que defendía al incidir en el respeto a la propiedad particular y contribuir a sumar a la causa de la Confederación a la población de la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, esa entradilla, ese ajuste de Sarmiento, no había sido leído por Urquiza, según cuenta en *Campaña...*, en una de las ilustrativas veces en las que se refiere en su crónica a los sucesos que atañían a la redacción o a la difusión de los partes. Consciente de su lugar subordinado en la cadena de mando, admite, frente a Urquiza, sin la menor discusión la retirada del boletín: “Bien, señor, no hay más que hablar de ello. Hay tiempo de retirarlo” (Sarmiento, 1852: 81). Si al preparar el boletín había sido consciente de la estrategia discursiva a seguir para dar publicidad al decreto, en el recuento anecdótico de lo que rodeó la difusión del parte muestra su clara percepción de los alcances de la disciplina en el ejército, la merma que producen en su autonomía e independencia que acepta sin problema. Otra cosa es que ese General quiera mandar sobre su dignidad o su conciencia, ese límite no lo franqueará Sarmiento. Si volvemos a la edición del Boletín n. 12, según el relato de *Campaña...*, en el lapso que medió entre la entrevista con Urquiza y la llegada de Sarmiento a sus dependencias, el parte había sido impreso,

copiará entonces en su crónica los párrafos del boletín en los que, utilizando un emblema marcial, colocaba simbólicamente en el centro de la acción a Urquiza. Igualmente rememoraré la explicación dada al secretario personal del General tanto para justificar la emisión imprevista del boletín como para mostrar que el edicto de Pujol venía precedido de esa contextualización. El boletín fue difundido, de lo que, obviamente, se colige que a Urquiza le molestaba la usurpación de la voz de mando que significaba el decreto del gobernador correntino y que ese efecto había sido neutralizado con el exordio de Sarmiento:

Pero después de mil ocurrencias de detalle llego a casa, y encuentro tirado el Boletín número doce. Mandélo a Elías diciéndole lo ocurrido y que se lo mostrase al General, para ver si el exordio allanaba las dificultades previstas: en él se decía que satélites de Rosas fugarían “cobardemente en presencia de la invencible espada del general Urquiza, quien no ofrece fortunas a nadie para que apoye la causa que defiende, sino dar paz a la República, asegurar las vidas y propiedades de cada uno, a fin de que el Congreso, elegido libremente por los pueblos, dicte las instituciones que más convengan para promover el engrandecimiento de cada fracción de las que llevan el nombre argentino.” Merced a esta jaculatoria recibí orden de publicar el decreto de Pujol en que estaba condenado el sistema de requisiciones de ganado (Sarmiento, 1852: 81)

En el Boletín n. 22, ya en las últimas fases de la ofensiva militar y con las tropas atravesando la provincia de Buenos Aires, insistirá en que no se pasará por alto el saqueo de la propiedad privada siendo ahora “un ultraje hecho al buen nombre del Ejército Grande y un delito que el general Urquiza castiga con la última pena” (Sarmiento, 1931b: 42).

Según la crónica, la posición de Urquiza frente a los boletines siempre fue ambigua. Fue él, no podía ser de otro modo, quien le asignó su puesto al frente de la imprenta a Sarmiento. Algunos boletines despertaron su entusiasmo (así el número 3) aunque, bien se encarga Sarmiento de destacarlo, no facilitó la tarea de la prensa militar, de ahí la pesada imprenta de la que debe hacerse cargo o la negativa a cederle un número mayor de carretas para sus pertrechos de trabajo. Los partes estuvieron sujetos a la supervisión del General pero este no siempre la ejerció, dejando en manos de otros jefes la tarea. Sarmiento alude a pocos actos de censura activa sobre lo redactado, por ejemplo al indicársele en una ocasión, después de la insurrección de la población de San Nicolás, que tanto los individuos de los territorios controlados por Rosas como las unidades que están desertando de su ejército para unirse a las filas de Urquiza debían ser considerados en la información a difundir “prisioneros” en vez de “pasados” que era el término utilizado por Sarmiento (Sarmiento,



1852: 93) y aunque le molesta porque choca con una de las ideas que está extendiendo con los boletines, la de la reconciliación nacional que él situaba no al final sino acompañando a la ofensiva, la de visualizar como enemigo a batir a Rosas, junto a los artífices políticos y policiales de la tiranía, pero no al pueblo sometido, y por supuesto, porque veía en ello latir las rivalidades provinciales frente a Buenos Aires, cumple la orden, en cuanto a la terminología, en el Boletín n. 23, pero sigue desarrollando su planteamiento:

El soldado se fatigaba de buscar las huellas de Echagüe, Lagos, Santa Coloma, que huían a su aproximación, y el general en jefe se fastidiaba ya de la enojosa tarea de recibir a cada hora los prisioneros del enemigo, para enviarlos a casa a continuar con los trabajos interrumpidos y volver a sus familias... (Sarmiento, 1931b: 60)

No hay mayor censura sobre los boletines porque se ajustan a las convenciones militares en materia de información y están redactados midiendo la psicología del General en Jefe, como demuestra en la crónica. Por parte de Sarmiento tendremos, más bien, un ejercicio de escritura sujeto a su misión en el Ejército Grande, contribuyendo desde su puesto a la lucha contra Rosas, sin crear escollos, a veces, pocas, dilucidando la estrategia verbal a seguir con el mismo Urquiza para falsear datos de las propias fuerzas y de las contrarias burlando al enemigo, si hay éxito, en una de las labores tácticas que cumplen los boletines de guerra y que para Sarmiento no es otra cosa que “engañar al embustero” (Sarmiento, 1852: 77); por parte de Urquiza habrá la tolerancia (incluso el lector podría deducir leyendo la crónica, la indiferencia), que le había indicado después de la lectura del Boletín n. 3:

El General se mostró contentísimo, como nunca lo había visto: me elogió el tercero, aprobó todo, y añadió: “en adelante no consulte a nadie, ni a mí, escriba no más; va bien, me gusta. Váyase con tiento: así, como hasta ahora va bien” (Sarmiento, 1852: 77)

No son por tanto estos boletines una escritura sometida al dictado. Lo que sí hay es un creciente desencuentro personal con Urquiza del que conocemos la versión de Sarmiento. Así, cuando el primero de febrero de 1852, vuelven a encontrarse en los campos de Cabral, con la campaña marcada por la sucesión de victorias y con 22 boletines editados, llegan a oídos del escritor, inmediatamente después de una conversación cordial con Urquiza celebrándose mutuamente los logros alcanzados cada uno en su cometido, las críticas que sobre su persona vierte el General y el apodo despectivo de “boletínero” con el que lo moteja:

... un jefe vino a decirme: “el General está diciendo de U.: ‘Ahí está el *Boletín* escribiendo cuanto disparate le ocurre. Si no valen nada estos salvajes unitarios”

La hoja helada de un puñal en las entrañas no me habría hecho la impresión que estas palabras al oír las; y si el lector duda de que esto sea posible, el señor Villarino, que nada sabe de esta historia, viene a comunicarme una carta que por el correo recibe de Buenos Aires del joven Dr. Lagos, sobrino y edecán favorito del General, quien le dice: “démeme un fuerte abrazo al *Boletín*, ¡si no sabe quién es, es el señor Sarmiento!” (Sarmiento, 1852: 108)

El golpe es duro para Sarmiento porque los comentarios de Urquiza aciertan a dar en el centro de su orgullo, minusvalorando su persona y la tarea que ha considerado necesaria y eficaz. No se plantea que es lo mismo lo que él está haciendo con Urquiza porque en su caso no ha traspasado la esfera de su pensamiento, la intimidad de su diario, ha guardado las formas necesarias para la convivencia. Se producen estas críticas además, cuando Sarmiento ha visto elevarse el número de ejemplares lanzados de cada boletín, ha recibido con satisfacción la positiva recepción de los mismos por parte de lectores que va encontrando mientras avanza la campaña, ha contemplado pendientes de la edición del boletín a oficiales antes desdeñosos con su tarea, ha transcrito parte de una misiva personal de Juan Pujol considerando a los boletines “nuestro mas poderoso ariete” (Sarmiento, 1852: 80) y se siente satisfecho de que en la ofensiva no sólo haya la parte destructiva que ocasiona la guerra sino la parte constructiva que anuncia el futuro y a la que contribuyen las ideas de sus boletines. Pero no sólo eso, y esto es más importante para la función que Sarmiento quiere darle a sus partes militares: formar parte de las tropas que avanzan hacia Buenos Aires le ha servido para tomar el pulso de la opinión popular, charlando aquí y allá con la gente de cualquier espectro social e ideológico, ha notado el profundo hartazgo de la población por las carencias soportadas bajo el régimen de Rosas, ha pensado que eso inauguraba el definitivo camino del progreso, “no dudé más [apunta después de una conversación sostenida con unos viejos lugareños en una chacra de la provincia de Buenos Aires] del cambio en los destinos del país. Este era el sentimiento profundo de las masas en todas partes” (Sarmiento, 1852: 104), y ha creído que su labor no sólo tenía sentido (esto lo creyó desde el primer número y no decayó en ninguno de ellos) sino que se ajustaba a lo que la población estaba demandando. Como la información en los boletines es mínima, lo que está juzgando Sarmiento es la intención que va disseminando en ellos, el “espíritu de los *Boletines*” (Sarmiento, 1852: 104) y siente que ha acertado: eran propaganda pero se ajustaban a un pensamiento y demanda colectiva; cumplían una función en la ofensiva pero se abrían al sentir de la población. Hay entonces un abismo entre su satisfacción y el

reconocimiento por parte de la más alta jerarquía militar de su labor, y en ella cifra el autor los usos despóticos que continuarán, a despecho de las aspiraciones de cambio, después de la caída de Rosas. Eso si atendemos a la escena producida el 1 de febrero de 1852, pero si atendemos al momento en que se redacta *Campaña...*, después de su decisión de desligarse del panorama político que a la República Argentina le aguarda, según la perspectiva de Sarmiento, después de Caseros esa misma impresión se agranda al amplificarse en otros sectores, bien diferentes del caudillo que ha descrito en su crónica, la de parte de los exiliados del régimen de Rosas, la de la dirigencia intelectual, la de aquellos bien situados en el escalafón social, cultural y político, ahí la herida es grande frente al pundonor con el que defiende y exhibe sus partes militares, tanto que treinta años después seguirá considerando una vileza la rebaja de su contribución en el Ejército Grande:

...Podemos, pues, retener las palabras del Coronel Mitre, que va a aparecer en la escena, para ver si pudo en adelante conservar íntegro este buen nombre, y no lo disminuyeron y degradaron el epíteto de loco, de boletínero, y el trabajo y las intrigas de los partidos representados por diarios conocidos que sucesivamente intentaban hacerle descender en la pública opinión a punto de creerse él mismo hoy que ha necesitado llegar a la edad de setenta años para recuperar en la estimación pública el puesto honorable que le tenían deparado desde 1845 los hombres notables del mundo, que trató. (Sarmiento, 1884: 34)

Leídos en conjunto los boletines de Sarmiento no son una sucesión de partes deslavazados anunciando el avance de la campaña, al contrario, forman un conjunto de artículos dotados de sentido. Con imágenes sencillas bajo el lenguaje marcial donde la oposición entre la tiranía de Rosas y la libertad que llega con el Ejército Grande, va más allá de las meras frases encomiásticas hacia el propio bando y se repiten en otras oposiciones, las que forman la guerra continua soportada bajo Rosas y la paz que llegará con el triunfo de las tropas aliadas, la inseguridad personal constante y la ley que ampara a los ciudadanos conforme avanza la campaña hacia Buenos Aires. El Boletín n. 10 puede servir de paradigma. Comienza con una descripción de las fuerzas rosistas en la que Sarmiento utiliza la ironía con una maestría poco común en los partes militares para minar la moral del bando opositor, irritar a sus mandos, visualizarlos como un batallón a la deriva, repasar a su antojo los asuntos de guerra y no dejar de lado los intereses cívicos:

La división Serrano forma hoy la división González de nuestro ejército, y general Mansilla, temeroso, sin duda, de que nos aproximásemos a contarle sus dos mil ochocientos soldados, ha marchado con ellos a Palermo, clavando los cañones con que tan

heroicamente y con tanto fruto arrojó balas rotas en el Tonelero (Acevedo) sobre la escuadra de nuestros aliados. Debe lamentarse en tan incruento combate el gasto inútil de quinientos tiros de cañón, cuyo valor, empleado en obras de utilidad pública, habría bastado para la construcción de un puente o la apertura y sostén de una escuela (Sarmiento, 1931a: 220)

Frente a la caricatura del contrario, construye la egregia imagen del Ejército Grande que quiere fijar en la idea libertadora:

Sabemos que hay cuarenta y seis mil hombres [en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe] que tienden sus miradas hacia las llanuras, esperando divisar las polvaredas de sus hermanos y de sus libertadores para buscar en sus filas protección y amparo (Sarmiento, 1931a: 221)

Seguido de un alegato que podría competir, en estilo y eficacia en el uso de las ideas para la difusión multitudinaria, con el más elevado de los discursos políticos, manejando, paradójicamente, el mismo triunvirato –Dios, Patria, Gloria–, común en las soflamas marciales que harían de cualquier otro opúsculo una mera pieza demagógica y que en este sirve para elevar al individuo por encima del poder despótico. Eso, por supuesto, distingue e identifica los boletines de Sarmiento de otros partes de guerra:

Acostumbrado Rosas a despreciar la opinión pública, reprimirla por el terror de sus actos salvajes y falsearla con manifestaciones mentidas, en contestación a renuncias falaces, cuenta hombres y no voluntades. Los hombres han sido para él hasta hoy máquinas de destrucción o instrumentos de engaños. Unos días más le mostrarán, muy tarde por fortuna, que bajo el pecho de cada argentino late un corazón, y que en cada cabeza de las que han salvado de su cuchillo Dios ha puesto una chispa de la inteligencia que nos distingue de las bestias (Sarmiento, 1931a: 221)

Algunas de las ideas fuerza contenidas en los boletines, así la de unir la imagen del Ejército Grande a la de la libertad y la paz, no están operando sólo hacia fuera en el sentido de ser munición que arroja a las filas de Rosas con ánimo de mermarlas, actúan también como avisos al más alto nivel de los ideales por los que, algunos, muchos, Sarmiento entre ellos, están luchando. Por eso en el Boletín n. 18, y ese extracto está integrado en las páginas de *Campaña...*, carga las tintas morales estableciendo cual es el fin, el lema y el emblema de las tropas de Urquiza, destinadas a darle a la República, otra vez, lo que el ejército patriota le dio a los territorios

americanos. Eso como espíritu, como permanencia hay más, hay la habilidad de distinguir el final de una guerra, con la victoria de un contingente militar sobre otro, del futuro a abrir para la población. Todo un aviso de la superioridad de las aspiraciones sociales, políticas, económicas o culturales de un país sobre los éxitos marciales. Es el futuro frente al presente inmediato:

La gloria de nuestras armas no consiste en vencer. Las fuerzas del tirano han vencido otras veces a las poblaciones armadas. La verdadera gloria del Ejército Grande es merecer el nombre de Libertador (Sarmiento, 1931b: 21, Sarmiento, 1852: 94)

Estos boletines van aumentando su carga ideológica conforme avanzan imparables las tropas de Urquiza. Poco a poco la información considerada pertinente, relativa al movimiento de las tropas, deja de tener un lugar relevante para ser ocupado este por el desarrollo de ideas afines al programa que Sarmiento había defendido desde la década del cuarenta. Bien porque se sintiera más cómodo en su puesto al frente de la imprenta, bien porque creyera que era el momento preciso de incrementar la lucha política, bien porque, según el relato que luego hará en *Campaña...*, ninguna confianza tenía ya en que Urquiza pudiera ser algo diferente de Rosas y utilizaba los boletines para insistir, avisar o fijar los puntos claves que guiaban, antes y después del comienzo de la ofensiva, la plena constitución del país. El Boletín n. 20, reproducido íntegramente en la crónica, es un modelo del paso del boletín-parte de guerra hacia el boletín-artículo de campaña en la imprenta del Ejército Grande. Fijará, por supuesto, el centro del escrito en un elemento, la bandera albiceleste, con el que inflamar los ánimos patrióticos; cargará las tintas afectivas convirtiendo la visión de la provincia de Buenos Aires, que los antiguos batallones de Rosas tienen ya en el horizonte, en el regreso a la patria perdida a través de un fervoroso lenguaje épico que aglutina, sutilmente sin distinciones provinciales, los ánimos de los argentinos. No es información lo que está dando en este número, es la elaboración de esa información en un relato que habla de la población, del país y de la esperanza:

...Los antiguos veteranos de los batallones “Buenos Aires”, “San Martín”, “Constitución” y “Federación”, llamados por Rosas Rebajados, Patricios, Libertad, Independencia, veían, por la primera vez, después de doce años, la patria de donde salieron jóvenes y a la que vuelven cargados de años, llenos de cicatrices y agobiados por las fatigas. A este lado del Arroyo del Medio están sus familias, sus hogares y los lugares que los vieron nacer. Los soldados, al recoger los cardos secos para alimentar el fuego del vivaque, exclamaban con voces conmovidas y estrechando los haces contra sus duros pechos: “Esto es ya de nuestra patria; pronto veremos nuestras familias”.

Esta mañana, al asomar entre los pastos de la Pampa el disco rojizo y gigantesco del sol de Mayo, los batallones de Buenos Aires enarbolaban la bandera azul celeste y blanca en medio de los vivas más entusiásticos y entre las patrióticas armonías de la canción nacional. El pabellón azul celeste que anunció al mundo la existencia de una nueva nación... (Sarmiento, 1931b: 27; Sarmiento, 1852: 96<sup>5</sup>)

A estas alturas de los acontecimientos históricos ya estaba clara la continuación que Urquiza demandaba del uso de la cinta colorada y lo que ello significaba en la esfera civil, pero Sarmiento aprovechará su boletín para indicar todo lo que cambia al paso del Ejército Grande. Lo anterior sería la conculcación de los pactos, lo nuevo el respeto de los mismo; atrás quedaba un régimen marcado por “la sangre derramada inútilmente” (Sarmiento, 1931b: 28; Sarmiento, 1852: 96) y comenzaba la senda del progreso. Puesto que Sarmiento, a la luz de su crónica, ya no tenía la menor confianza en que Urquiza pudiera comandar la andadura constitucional de la república, el Boletín n. 20 no es un mero ejercicio literario en el que se enfrentan lo que *debería ser* a lo que *es*, es más bien un aviso, un desafío, en el que su autor desgrana el ideario, lo fija en las conciencias de los lectores, para el día después de la victoria sobre Rosas y compromete al General públicamente al poner su espada en el centro de la escena, cumpliendo así con los cánones del género, y adaptándolo a sus ideas contrarias al cesarismo al no contentarse con la sinécdoque y señalar el esfuerzo colectivo de la empresa. Sin olvidar su arma, esto es, el poder de la razón expresado, difundido, con palabras:

Algunas jornadas más, y el suelo sagrado de la patria será purgado de la presencia del tirano que sólo ha logrado celebridad a fuerza de espantar al mundo con sus atrocidades y humillar a los argentinos con sus tropelías. Pero los pueblos se alzan regenerados a las mágicas palabras de libertad, leyes, constitución, seguridad y paz interior y exterior. Protégelos, invencible, la espada del general Urquiza y apóyanlos treinta mil valientes, la justicia y la venganza del cielo (Sarmiento, 1931b: 28; Sarmiento, 1852: 96-97)

En esa misma línea se sitúa el Boletín n. 22, aquí con un mayor llamamiento al espíritu de sacrificio de la tropa, “Nuestra gloria”, dirá, “está cifrada en soportar con valor las fatigas” (Sarmiento, 1931b: 41) y un recordatorio de los códigos de conducta a seguir con respecto a la población civil y sus propiedades que rigen bajo la ley marcial. Al cotejar el artículo con las anotaciones de Sarmiento en *Campaña...*

---

<sup>5</sup> La edición manejada de *Campaña* no guarda la misma distribución de los párrafos y tiene leves diferencias en los signos de puntuación.

a partir del día 26 de enero de 1852, se entiende el empeño en elevar la moral de los soldados puesto que detalla el esfuerzo, el cansancio, la agonía de este ejército sin “organización ni método” (Sarmiento, 1852: 101), estructurado por el clientelismo protector y no por la disciplina y la cadena de mando, tal cual apunta el 27 de enero (Sarmiento, 1852: 103). Es decir, a un paso de la batalla final Sarmiento se concentra en la tropa con dos proposiciones antagónicas: venciendo se conquistará la paz para los soldados; sucumbiendo ante Rosas se perpetuará su condición, no serán nunca ciudadanos con un proyecto de vida ajeno a la misma lucha, continuarán amarrados a una existencia marcada por “pobreza, fatigas y destierro perpetuo” (Sarmiento, 1931b: 42). Sin embargo, como ya apunté, Sarmiento no proyecta una visión antimilitar. Lo que tiene es una pésima impresión de “esta guerra de paisanaje” (Sarmiento, 1852: 108). Continuamente lamenta el estado y la conducta de las tropas argentinas al compararlas con las brasileñas, viva imagen, para Sarmiento, de un país civilizado cuyos usos trascienden a la milicia; además no le asusta la violencia y, por supuesto, puede considerar heroicas antes que moralmente censurables las acciones de guerra. Lo que le espanta es la capacidad descontrolada, y por tanto inadmisibles en una institución armada, de arrasar lo que no está relacionado con el objetivo bélico. Eso es lo que cuenta, entre otras muchas ocasiones a lo largo de su crónica, de lo que vio tras la derrota de la caballería de Rosas a primeros de febrero de 1852:

... de ningún lado hubo línea de batalla. He aquí el fruto de esta guerra de paisanaje, que consiste en forzar a las poblaciones en masa a tomar las armas para aumentar indefinidamente el número de los combatientes, asolar las campañas, reventar caballos, arruinar la industria, matar prisioneros, y darse aires de generales. La caballería de Rosas se dispersó, y hubo grupo de soldados nuestros que persiguió a otros enemigos hasta cerca de los Quilmes al Sud de Buenos Aires (Sarmiento, 1852: 108)

Sin embargo, Sarmiento transcribe en *Campaña...* extractos de los Boletines n. 22 y 23 donde esas fuerzas desentendidas de cualquier directriz, ese ejército torpe, anticuado, sin luces y sin orden representa el bien, puesto que el mal, en los boletines, lo ocupa Rosas. Sarmiento no copia los partes enteros, del 22 se limita a insertar los párrafos en que, a la luz de la crónica, su prosa estaba sublimando al Ejército Grande con la intención de enseñar, de transmitir normas de conducta, a los soldados de su propio bando. Si ha quitado la parte informativa del boletín, los párrafos que aludían a la derrota de la caballería comandada por el general Pacheco, es porque esa información ya la ha dado sin cortapisas, según su vivencia directa de los sucesos: “He aquí la historia” (Sarmiento, 1852: 108) dirá; si ha dejado, tan sólo, la



de la propaganda, llamémosla así, no es para que los lectores comprueben su doble moral sino, quizá (esto no atentaría contra él mismo), para mostrar la lucha paralela que llevaba a cabo con los boletines: elevando la moral en momentos de desánimo; convenciendo, a base de palabras y mensajes repetidos, de la recta conducta a seguir; supliendo con consignas la falta de formación y disciplina de la soldadesca; y contrarrestando la dudosa catadura moral del General en Jefe y buena parte de su oficialidad. Eso en lo que respecta al número 22, porque para el 23 guarda una sorpresa diferente, al introducir la proclama de Urquiza anunciando la victoria en los campos del Puente de Márquez y, por tanto, haciéndolo responsable de la narración épica –eso es lo que leerán los lectores del Boletín– del desastre que él ha contado en su crónica –eso es lo que leerán los lectores de *Campaña*... la jocosa contraposición entre la barahúnda que narra el testigo de vista en la que no había plan previo por si la avanzada del Ejército Grande se encontraba con la vanguardia de Rosas, “fue una sorpresa”, dirá Sarmiento (Sarmiento, 1852: 108), resuelta según la ocurrencia del superior de turno puesto que “de ningún lado hubo línea de batalla” (Sarmiento, 1852: 108)–. Aquí, es cierto, no sería del todo la voz de Sarmiento la que narra, pero por voluntad e intención suya:

La nota adjunta, del Excmo. señor general en jefe, da idea del brillante hecho de armas que en los campos del puente de Márquez ha puesto ayer de manifiesto la excelencia del plan de campaña adoptado y ejecutado con tanta rapidez y precisión, como asimismo del arrojo irresistible de nuestros bravos soldados (Sarmiento, 1931b: 60; Sarmiento, 1852: 109)

Tres días después se produciría la derrota de las tropas de Rosas en Caseros y la euforia que le produjo al autor de *Facundo* la victoria aparece en la crónica. Es interesante percibir que en ese momento no sólo cumple con convicción y conocimiento sus tareas en el ejército aliado sino que se muestra por primera vez integrado, exultante como todos, celebrando íntima y públicamente a Urquiza, consciente de lo que representa como emblema militar y político, y Sarmiento no se lo regatea, más allá de los condicionamientos humanos:

Llegamos al hospital de Rosas, el General rodeado de todo su séquito, ebrios de dicha nosotros, y felicitando al hombre para quien la República debía tejer coronas. Hubo de parte del General expansión, verdadera alegría y abandono, y aunque algunas de sus flaquezas se dejaron apercibir en cuanto a celos con otros militares, nunca le deseé más bien que aquel día, nunca lo creí más digno de gloria de tan señalado triunfo. (Sarmiento, 1852: 112)

Él que había sido el raro oficial vestido impecablemente a la usanza de los oficiales europeos durante la campaña –“todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco” (Sarmiento, 1852: 78) apuntará haciendo del atuendo una de sus muchas incursiones para conseguir, en este concreto caso, que las tropas argentinas se parecieran a cualquier ejército moderno y avanzado, incluso a sí mismas durante la guerra de la Independencia,alzada a la categoría de mito y modelo por Sarmiento–, blanco de las murmuraciones y las burlas, “van a mojársele las plumas” (Sarmiento, 1852: 77), le había dicho Urquiza tras una reunión aparentemente cordial en Rosario un día que amenazaba tormenta, forma, al final de la crónica, un todo con el resto de los que han luchado en el Ejército Grande, claro que con algunos, es el caso de Mitre, compartirá además proyectos que vienen de más atrás:

Comimos, charlamos y harto de placer y de dicha, fuíme a buscar a mis gentes, pues ayudante, asistentes, equipaje, todo andaba cada cual por su lado. A poco de pasar por Santos Lugares divisé a Mitre, que de su parte me buscaba. Bajamos ambos de los caballos para abrazarnos en nombre de esta Patria que habíamos conquistado, y nos aplaudimos de la felicidad de haber tenido parte en acontecimiento tan memorable (Sarmiento, 1852: 112)

En este momento histórico en el que ya no es necesaria la propaganda y la información militar, Sarmiento piensa que ha terminado su labor al frente de la imprenta. Sin embargo Elías, el secretario personal de Urquiza, pedirá su ayuda para realizar el boletín que de cuenta de la batalla de Caseros. A él y no a Sarmiento (de Sarmiento se había despedido el General con anterioridad, sin muchas contemplaciones y sin mentarle la necesidad de ese último boletín), se lo ha encomendado el General:

Cuando yo creía verme para siempre libre de escapar de aquella vida de congojas y de sujeciones, Elías me dijo: ¿cómo se va sin hacer el parte de la batalla? El General me ha dicho que lo hagamos con Seguí, pero yo no sé ni los términos militares... (Sarmiento, 1852: 118)

Señal de que, desde la óptica de Urquiza, faltaba ensalzar el triunfo definitivo. Diferente era la de Sarmiento limitada a contribuir a la lucha desde el puesto que más se ajustaba a sus condiciones. Sin embargo se aprestará a ello sin sentir ya la misma responsabilidad con respecto a su función en el ejército, como un mero favor o un broche final a su cometido, y aquí, sí, empieza a funcionar un doble, deliberado y humorístico discurso:

Fuíme, pues, a mi alojamiento, empecé a borrar papel, sobrevino Mitre y pusimos manos a la obra de manera de dejar contento al General (Sarmiento, 1852: 118)

El boletín final no será del gusto de Urquiza pero esto no es algo que ya preocupe a Sarmiento que ha redactado, junto a Mitre, un artículo utilizando la más sutil ironía. Esta lectura no proviene de la comparación entre el texto y el comentario al mismo incluido en su crónica, ni siquiera del choque de la narración absolutamente desmitificadora de la batalla de Caseros realizada en las páginas de *Campaña*... Está en el propio registro, en el mismo nivel lingüístico en el que “la batalla más memorable que registran los fastos sudamericanos” (Sarmiento, 1931b: 100), no comienza por el convencional avance fluvial que el boletín plantea como el más apropiado, mejor, como el más convencionalmente apropiado, para desplazar con agilidad a las tropas, sino siguiendo la estrategia particular, poco ortodoxa, del General en Jefe que “adoptó una ruta distinta de la que hemos indicado y, confiando en la fuerza irresistible de sus medios de acción, se aventuró en el territorio de la provincia de Buenos Aires a través de los campos” (Sarmiento, 1931b: 101). No mermará el boletín los resultados, de hecho el ejército avanzó, pero no dejará de calificar de “audaz” (Sarmiento, 1931b: 102) tal concepción táctica. Lo que en la crónica serán, ya en el momento de la contienda, batallones dislocados por falta de un plan de acción preciso, será en el boletín, en la cima de la mordacidad, una línea de ataque “formada según las previsiones del sistema de operaciones seguido hasta entonces” (Sarmiento, 1931b: 104). Frente a la templanza y la coherencia basada en una estrategia bien pensada y mantenida que no ponga en juego innecesariamente la vida de los soldados, el boletín destaca la improvisación, y fija la chanza en el desajuste entre lo postulado con frases hiperbólicas y el significado del mensaje transmitido a los lectores:

...el general en jefe, examinando de cerca las posiciones enemigas, recibía la inspiración del campo de batalla, trastornaba, con la rapidez del rayo, el plan de ataque concertado de antemano (Sarmiento, 1931b: 104)

El texto explotará también el contrapunto irónico en el que unos párrafos negarán lo que los inmediatos habían afirmado. Así los “cardales espesos y sembradíos de maíz, y pantanos que nuestra infantería tenía que salvar para invadir la línea enemiga” (Sarmiento, 1931b: 106) por los que descendía el Ejército Grande y no por ser accidentes del terreno sobrevenidos sino por haber situado deliberadamente la avanzada a través de tales parajes:

Es digno de notarse en el plan de campaña y en las disposiciones de la batalla que todas las ventajas obtenidas eran el fruto de combinaciones premeditadas, no habiendo tenido la casualidad otra parte que la que ha dejado incompletas algunas operaciones y maniobras de detalles (Sarmiento, 1931b: 106)

Para terminar en fin, en una loa a la labor de Urquiza cuya “inspiración y verdadero genio militar” queda patente “en esta campaña tan esclarecida” en la que, ningún General en Jefe habría deseado verse en tal brete, “por momentos se le ha visto poco menos que envuelto entre las fuerzas enemigas” (Sarmiento, 1931b: 107). Urquiza, según el relato hecho en *Campaña...*, se mostró molesto con este boletín “inexacto” (Sarmiento, 1852: 119) que narraba de forma incompleta la batalla. En la memoria inmediata de Sarmiento, aquella que dejó fijada en su crónica, este boletín no fue más que un divertimento a cuatro manos, no así el conjunto de sus artículos de campaña concebidos para actuar, en la medida de lo posible, ideológicamente, operando sobre las actitudes y comportamientos, por lo que considera un alto logro que no se produjeran “matanzas después del combate” y que en su lugar se oyera “el grito de hermanos, que era la predicación del *Boletín* desde el primer día” (Sarmiento, 1852: 111).

Treinta y dos años después, al redactar sus *Memorias militares*, las “reminiscencias” del hito histórico de Caseros ya han dejado de estar marcadas por la vivencia. Ahora forman parte de aquello que constituyen sus recuerdos, unidos a las fechas claves de la República, y un anciano Sarmiento elabora y mitifica lo antes denostado. En 1884, el boletín n. 26 no fue redactado junto a Mitre en las dependencias de Sarmiento, mientras esperaba partes internos que no llegaban, sintiéndose ya desligado de las tropas urquizistas sino que fue “escrito por gala en el escritorio y con la pluma misma de Juan Manuel de Rosas” (Sarmiento, 1884: 9) y Caseros, que antes fue considerado un acontecimiento histórico y un despropósito militar, es, al final de sus días una grandiosa epopeya de la que formó parte bajo las órdenes de un magnífico General, al que se le reconocen sin fisuras méritos de guerra e innovaciones estratégicas en cuanto al uso de las fuerzas de caballería. Recuerda, eso sí, sus disensiones políticas con Urquiza pero ha borrado todo baldón sobre Caseros, al igual que durante la narración de la dura campaña que vivió a mediados de siglo consideró la anterior guerra, la de la independencia, una gesta sólo marcada por la heroicidad. Es la memoria y su capacidad para moldear afectivamente lo ocurrido. No es eso, por supuesto, lo que hay en sus brillantes partes de guerra y mucho menos en la amena y penetrante crónica tragicómica en la que dejó constancia de la realidad según la vivió en un preciso instante.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALBERDI, Juan Bautista, 1886. *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina, Obras Completas*, t. IV, Buenos Aires, Imprenta La Tribuna Nacional.
- AMANTE, Adriana, 2009. “Sarmiento el boletinero”, en JITRIK, N., comp., *Revelaciones imperfectas. Estudios de Literatura Latinoamericana*, Buenos Aires, NJ Editor, pp. 113-119.
- BARRANECHA, Ana María, 1988. “Sarmiento y el binomio Buenos Aires / Córdoba”, *Revista Iberoamericana*, vol. LIV, n. 143, abril-junio, pp. 449-459)
- COBAS CARRAL, Andrea, 2009, “De la voz a la letra: Derroteros de la escritura en *Campaña en el Ejército Grande* de Domingo Faustino Sarmiento”, *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, Año XIV, n. 41, marzo-junio [s.n.]. En línea: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero41/ejergran.html>
- HALPERÍN DONGHI, Tulio, 1988. Prólogo a SARMIETNO, D. F., *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, México, FCE (1ª reimpr.), pp. VI-LVI.
- SARMIENTO, Domingo Faustino, 1843. *Mi defensa*, Santiago, Imprenta del Progreso. Edición digital del Proyecto Sarmiento reproducida en Biblioteca Cervantes Virtual, en línea: <http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=25565&portal=339>.
- 1850. *Recuerdos de provincia*, Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belín y C. Edición digital del Proyecto Sarmiento reproducida en Biblioteca Cervantes Virtual, en línea: <http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=4912&portal=339>
- 1852. *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud-América*, Río de Janerio, Imprenta de J. Villeneuve y C. Edición digital del Proyecto Sarmiento reproducida en Biblioteca Cervantes Virtual, en línea: <http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=23794&portal=339>.
- 1853. “Quinta de las ciento y una ¡Ya escampa!”, *El Nacional*, Buenos Aires. Edición digital de *Las ciento y una* del Proyecto Sarmiento reproducida en Biblioteca Cervantes Virtual, en línea: <http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=23644&portal=339>.
- 1884. *Introducción a las memorias militares y foja de servicio*, Buenos Aires, Imprenta Europea. Edición digital del Proyecto Sarmiento reproducida en Biblioteca Cervantes Virtual, en línea: <http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=35087&portal=339>
- 1931a. *Campaña en el Ejército Grande*, vol. I, PALCOS, A., pról., Buenos Aires, El Ateneo.
- 1931b. *Campaña en el Ejército Grande*, vol. II, Buenos Aires, El Ateneo.